



ESPIRITUALIDAD CRISTIANA - INTRODUCCION

A partir de las últimas décadas del siglo pasado, y en lo que va del siglo XXI, el tema de la Espiritualidad Cristiana ha vuelto a ocupar un lugar más destacado en el pensamiento protestante. Pero no siempre ha sido así. Los Evangélicos solo hemos oído de esa espiritualidad católica cuyos mejores representantes serían los monjes trapenses o las monjitas de claustro, u otras de las muchas órdenes religiosas en la tradición de la iglesia. Pues con el rechazo protestante de las “órdenes católicas” en la reforma del siglo XVI hemos tendido a menospreciar, o a rechazar por completo, estas y otras expresiones similares de espiritualidad.

En cambio, habíamos venido a hablar en términos de “vida devocional” para referir a esas actividades destinadas a cultivar las dimensiones interiores e invisibles de nuestra fe, en “nuestra alma”. Percibíamos a la espiritualidad en términos de una especie de energía potente, pero invisible, que servía de apoyo y de ánimo para nuestra vida y actividad cristianas en el mundo.

Pero no solo ha predominado este concepto interior y espiritualizante de la espiritualidad. En los últimos siglos la espiritualidad protestante ha tendido a ser también fundamentalmente individual y privatizante. Y aún la espiritualidad congregacional, expresada en la oración común, el estudio bíblico y el culto, han tendido a orientarse hacia la edificación de los miembros individualmente, en lugar integrarlos en la vida y misión corporativa de una auténtica comunidad de fe.

Sin embargo, la espiritualidad de los primeros discípulos de Jesús involucraba todos los aspectos de la vida. Para comprender la espiritualidad bíblicamente, será necesario superar esas falsas dicotomías que nos dividen en dos segmentos: la parte espiritual, interior y ultramundana y la parte material, exterior y mundana. La espiritualidad bíblica no consiste de una vida contemplativa en lugar de ser activa, ni del retiro en contraste con una plena participación en la sociedad. Se trata, mas bien, en una participación en todas las dimensiones de la vida orientados y animados por el Espíritu de Jesús mismo.

Por eso dedicamos los primeros capítulos de este estudio a un repaso de la espiritualidad cristiana del primer siglo. Allí encontramos una espiritualidad holística de seguimiento de Jesús, bajo el impulso de su Espíritu y en el contexto de la comunidad mesiánica. Es una espiritualidad profundamente enraizada en la gracia de Dios, nutrida y compartida en la comunidad y encarnada en la misión de Dios en el mundo.

Luego, en los capítulos inmediatamente a continuación describimos los rasgos que caracterizaban la espiritualidad del movimiento anabautista del siglo XVI. Este movimiento es solo uno entre los muchos movimientos de reforma radical que han surgido a lo largo de la historia cristiana. Orientados en sus raíces en Jesús y en la comunidad primitiva del primer siglo, estos movimientos han recuperado de forma notable, en sus propias vivencias y en sus propios contextos históricos, espiritualidades notablemente similares a las que caracterizaban a las comunidades del primer siglo. Esta lista incluiría grupos tan diversos como los Valdenses y los Franciscanos de los siglos XII y XIII, los Quáqueros del siglo XVII, los

Pentecostales clásicos de los comienzos del siglo XX y las Comunidades Eclesiales de Base de la generación pasada, y muchos más.

Finalmente, concluimos nuestro pequeño estudio con una reflexión en torno a las posibilidades de diálogo con otros grupos cristianos con otras visiones, vivencias y convicciones, y por lo tanto, espiritualidades también diversas, y otras agendas que pueden resultar mutuamente enriquecedores. Nuestra obligación a conversar fraternalmente con otros cristianos debe retomarse constantemente. Se rechaza la idea de que la apostasía, o la herejía, son permanentes o hereditarias. Del mismo modo que la fe auténtica no se hereda, tampoco se hereda automáticamente la herejía. Así que, permanece no solo la oportunidad, sino también la obligación, de volver a conversar con estos cristianos que han vivido otra historia y que tienen otras maneras de pensar y actuar, aún cuando en otros lugares y en otras épocas, sus antepasados puedan haber perseguido a los antepasados espirituales nuestros. Ejemplo de este proceso dialogal en los últimos años ha sido el reciente diálogo internacional entre la Iglesia Católica y el Congreso Mundial Menonita (1998-2003). Estas conversaciones han sido publicadas recientemente, bajo el título, sumamente llamativo, “Llamados Juntos a Construir la Paz”. Otras conversaciones inter- denominacionales en los últimos años, y a veces con resultados sorprendentemente positivas, han incluido a la Iglesia Luterana, la Reformada, la Alianza Bautista, y representantes pentecostales.